

EL LABERINTO Y EL HILO

## LA CONCIENCIA DE UNA UNIDAD

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El poeta chileno Julio Barrenechea ha hecho alusión, según un reciente cable, en una conferencia pública, a la necesidad de romper las barreras culturales que aíslan a nuestros países, los hacen extraños entre sí y fragmentan el continente impidiéndole alcanzar plenamente la unidad espiritual que por gravitación histórica debe ser. Se trata de lo mismo que el pintor cubano Felipe Orlando, en conferencia pronunciada en Lima, llamó "murallas chinas de América" y del problema de los que, ya hace tiempo, Basadre denominó Estados Desunidos del Sur en contraposición con la unidad norteamericana. Barrenechea se ha preguntado, en la charla aludida, por qué un conglomerado cultural tan grande como el de más abajo de Río Grande se empeña en trascurrir desconocido por sí mismo. "Un libro en los Estados Unidos —ha dicho— obtiene un tiraje mínimo de 30 mil ejemplares, mientras que en nuestros países, pese a la vigencia plena de una misma lengua, una edición apenas alcanza para cubrir la demanda interna". Estamos desdeñando, pues, en última instancia, un vasto campo de acción intelectual, que es, al mismo tiempo, una latente posibilidad de ampliación de la oferta cultural. El hecho es triste e inexplicable, ya que los ins-



trumentos para la consecución de la unidad espiritual están expeditos para funcionar en el sentido positivo que se hace deseable.

¿Es que se tiende a lo negativo, a la segregación y el aislamiento? Puede responderse que no. Los órganos por los cuales puede llevarse a cabo la integración cultural no proceden de acuerdo conforme a un plan que se destine a ciertos fines fundamentales, eso es todo. Por ejemplo, en lo que se refiere a la educación, no se ha obtenido todavía esa cooperación ideal que sería trazar, bajo las directivas de un programa piloto, los planes de estudio escolar. Además de darse en esas pautas pedagógicas una suerte de reverencial preferencia por fórmulas y conocimientos extraños (la historia de Oriente, verbigracia, ocupa en la mayoría de los países un tiempo mayor y un esfuerzo más importante que la historia de las civilizaciones inca y azteca), la enseñanza tiende a separar, a inculcar indiferencia, a minimizar todo lo que atañe al país vecino, exaltando, en cambio, lo que pertenece a lejanías remotas. ¿No es para un alumno argentino, digamos, más bella y trascendental la Esfinge del Egipto que la ciudadela de Machu-Picchu, y no es para el niño peruano más importante y hermoso el Nilo que el Río de la Plata? En los programas de los colegios latinoamericanos se pone énfasis, primero, en lo propio, y eso es lógico, pero enseñada, en grado de atención, más se le dedica a aquello que es patrimonio de otros continentes que a los valores de la vasta latitud humana en que estamos situados.

Es cierto, sin embargo, que la invocación de Julio Barrenechea no es la única. De un tiempo a esta parte, aquí y allá, en el norte o el sur del hemisferio, hay voces que se levantan advirtiéndonos acerca del error y proponiendo su pronta enmienda. Y eso es síntoma de que la conciencia sobre el problema se va haciendo más clara. Tiempo vendrá, sin duda, y no con demasiada dilación, en que del llamado se pase a la acción, como ya parece acontecer en el nivel económico. Obsérvese, sin embargo, que lo que en este último orden puede ser objeto de controversias, choques de intereses y conflictos financieros, en el campo cultural se ha de producir sin obstáculo alguno, ya que el interés, tanto de productores como de consumidores, es el de ensanchar hasta donde quepa los límites artificiales establecidos. No hay mala voluntad, ni inclinación negativa. Ha habido, quizá, negligencia, que ha de corregirse en poco tiempo con empeño sano y creador. Aquí, en América Latina, no habrá afán avasallador —como pudiera darse en Europa, entre gentes de pueblos que no se entienden— y, por ende, la cultura no servirá de ariete moral, sino, por el contrario, de fuerza integradora para la unificación internacional.